



COMUNICACIÓN ACADÉMICA N° 1747

*Del académico de número don Daniel
Antoniotti, acerca de*

JUAN GELMAN

Señor Presidente:

El 14 de enero de enero de 2014 murió en México, a los 83 años, el poeta Juan Gelman. Junto a él estaba la mujer que lo acompañó los últimos años de su vida, Mara Lamadrid, hija de uno de los académicos fundadores de esta corporación, suscriptor del acta aquella del 21 de diciembre de 1962, el también poeta y letrista de tango Juan Carlos Lamadrid.

Como se sabe, Gelman emigró de la Argentina por razones políticas en 1975 y, si bien en las últimas décadas visitaba el país, nunca volvió a establecerse en él. Uno de nuestros más antiguos cofrades, Héctor Negro, acompañó los inicios de Gelman en un grupo de jóvenes poetas que actuó entre 1955 y 1964, denominado El Pan Duro. El núcleo original estuvo integrado por Hugo Di Taranto, Juan Hierba, Gelman y el propio Negro, según la referencia que éste hace, en la excelente crónica de esta aventura poética *La verdad sobre el Pan Duro*, que publicó Héctor en 2007. Cuando narra los esfuerzos para financiar el primer libro de Gelman, el ya mítico *Violín y otras cuestiones*, explica que “esa fue la primera decisión unánime del grupo, publicar el poemario de Gelman, que nos conmovía leyéndonos sus versos en las reuniones y a quien le reconocíamos una madurez y una calidad poética superior al resto. No dudamos en juntar todos nuestros esfuerzos para que ese libro fuese realidad”.

Además del reconocimiento de sus contemporáneos de generación, también tuvo el espaldarazo de un veterano consagrado, Raúl González Tuñón, quien al prologar *Violín y otras cuestiones*, en marzo de 1956, afirmaba: “integran este libro poemas de clima porteño, entrañables, que tocan el barro y rozan la nube, pero entre los cuales no faltan aquellos que son un toque de solidaridad con los dolores y las esperanzas de otros pueblos”.

El bardo de Villa Crespo manejaba un aire porteño, sí, pero alejado del clisé y, como muchos de los poetas del '60, junto a los autores reconocidos por la cultura oficial, abrevaba sin pudores en las letras de tango. En el caso de Gelman, a los místicos judeocristianos que lo inspiraban, sin que su confeso marxismo se lo impidiera, les agregaba la voz de raíz orillera. Así, según su propia interpretación, lo iluminaban San Juan de la Cruz y Contursi, el rey David y Cátulo Castillo, el profeta Ezequiel y Lepera. De este modo, ese porteñismo que subrayaba González Tuñón se alejaba del lugar común. Esta impronta de tanguística avanzada hizo que se musicalizaran y grabaran obras suyas por parte del Tata Cedrón, a fines de los años '60.

A *Violín y otras cuestiones* siguieron decenas de libros. Me detengo en uno de esa primera época con su título tan elocuentemente lunfa: *Gotán*, que se inicia con uno de sus versos más recordados: “Esa mujer se parecía a la palabra nunca”. Allí, como un presagio, encontramos su versión de “Mi Buenos Aires querido”:

Sentado al borde de una silla desfondada,
mareado, enfermo, casi vivo,
escribo versos, previamente llorados
por la ciudad donde nací.

Concluye sospechando que “es seguro / que habrá más penas y olvido”.

En su “Anclado en París”, evoca a un león del zoológico de la Ciudad Luz, del que termina diciendo:

Lo extraño mucho verdaderamente,
sus ojos se llenaban a veces de desierto
pero sabía callar como un hermano
cuando emocionado, emocionado
yo le hablaba de Carlitos Gardel.

Su afán por renovar el idioma poético, paradójicamente, lo llevaba a hurgar en antiguas raíces, como lo demostró en ese sorprendente poemario de 1992, *Dibaxu*, que significa ‘debajo’ en el arcaico castellano del Sefarad. En esta obra, Gelman, un judío eskenazi, recuperaba el antiguo español medieval, el de los sefaradís, ese que luego de la expulsión dispuesta por los Reyes Católicos de los judíos que no se quisieron convertir, a fines del siglo XV y en el XVI, se diseminó, y sobrevive todavía hoy en pequeñas colonias del oriente europeo, de Asia menor y del norte de África.

Todas estas cualidades del poeta tuvieron reconocimiento universal y por eso en 2007 se le concedió el Premio Cervantes, casi un Nobel de Literatura de las letras hispánicas. En su discurso de recepción, Gelman elogió la audacia idiomática y creativa del autor del *Quijote* y también la de Lope de Vega, atrevidos con el uso del vocabulario y de la sintaxis española. Rescata al hidalgo caballero cuando, en un pasaje de la novela, aprueba la creación de palabras nuevas, “porque esto es enriquecer la lengua, sobre quien tiene poder el vulgo y el uso”. Muy cerca, esta afirmación de Don Quijote que rescata Gelman, del lema de esta Academia: “el pueblo agranda el idioma.”

Agregaba el premiado que “esas invenciones laten en las entrañas de la lengua y traen balbuces y brisas de la infancia como memoria de la palabra que de afuera vino, tocó al infante en su cuna y le abrió una herida que nunca ha de cerrar. Esas palabras nuevas, ¿no son acaso una victoria contra los límites del lenguaje? ¿Acaso el aire no nos sigue hablando? ¿Y el mar, la lluvia, no tienen muchas voces? ¿Cuántas palabras aún desconocidas guardan en sus silencios? Hay millones de espacios sin nombrar y la poesía trabaja y nombra lo que no tiene nombre todavía”.

Tomando estas sentencias de Gelman, y ya para finalizar, creo que el poeta, desde su originario verbo poético porteño, les dio nombre a muchos de esos espacios y nueva voz a algunos viejos silencios.

Buenos Aires, 5 de abril de 2014

DANIEL ANTONIOTTI
Académico de número
Titular del Sillón “Enrique González Tuñón”